

# ***La Mariposa***

**BOLETÍN** Nº02 — SEPTIEMBRE / OCTUBRE

**La Mariposa** N°02 — SEPTIEMBRE / OCTUBRE



Proyecto financiado por el FONDART Regional Línea Patrimonio Cultural, Modalidad Salvaguardia

*La Mariposa* es un boletín mensual, que adapta a estos nuevos contextos de emergencia sanitaria el proyecto “*Construcción de Mapeo Colectivo y Cartografía Crítica con la comunidad de tejedoras del Crin de Rari y Panimávida*”.

PROYECTADO Y EDITADO POR:

Javiera Naranjo  
Pablo René Marchant Catalán

DE LOS TEXTOS: Las y los autores

DE LAS IMÁGENES: Editores La Mariposa

DISTRIBUIDO DE FORMA GRATUITA

EN LOS TERRITORIOS DE RARI Y PANIMÁVIDA.

**OFICINOS** VARIOS

IMPRESO Y ENCUADERNADO EN SANTIAGO, CHILE.

200 EJEMPLARES.



Estamos felices y agradecemos que nos dejen entrar nuevamente en sus hogares a través de este segundo boletín, si bien el número anterior tenía que ver más con sus emociones íntimas y lo que a todas nos está ocurriendo producto de esta situación pandémica, desde este segundo número entraremos de lleno al tema que nos trama y une: **El Tejido en Crin.**

Durante todos estos años que nos hemos mantenido cerca del Tejido en Crin hay algunas cosas que hemos podido dilucidar con respecto a este oficio que nos gustaría compartir con ustedes, para luego conversar juntas cuando nos podamos encontrar. Estamos seguras que no sirve de nada que las investigaciones que realizamos queden archivadas en oficinas del Ministerio o en alguna biblioteca que pocas personas revisan. Nuestro trabajo lo hacemos principalmente para que sea provechoso para ustedes, para la comunidad de tejedoras de Rari y Panimávida. Nuestro objetivo es poder nutrir su quehacer, darles fuerza y el reconocimiento y respeto que merecen.

Uno de los trabajos que nos ha tomado más tiempo sobre el Tejido en Crin, además de aprender a tejer, ha sido poder indagar en sus orígenes, nos pasamos casi diez años leyendo, conversando y pensando sobre cómo fue que esta cestería en miniatura había llegado a realizarse en

la precordillera del Maule, siendo el único lugar del mundo donde se desarrolla con estas características tan particulares.

Nuestra especial dedicación tenía que ver con la importancia de entender la ocupación de estos territorios, la naturaleza que los resguarda y cómo se asentaron grupos humanos que con el pasar del tiempo fueron utilizando sus materias primas para resolver las necesidades de la vida cotidiana. Hasta el año pasado poco era lo que se sabía sobre los orígenes de este oficio, por lo que concentramos nuestras energías con la intención de desentrañar las posibles influencias mapuche de este trabajo en cestería, pasado indígena local que ya estaba presente en la memoria de algunas tejedoras, pero que había quedado borrado de ciertas narrativas de la historia oficial.

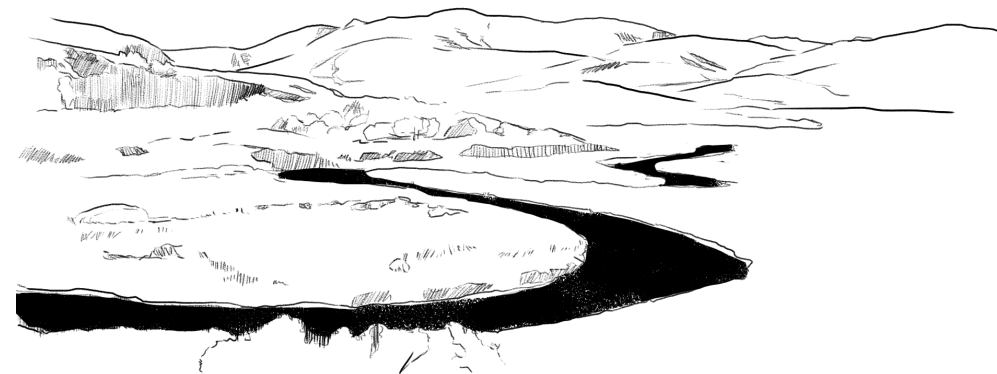
Es importante mencionar, que a lo largo de la historia en todo el territorio que hoy llamamos Chile ha existido de manera sistemática una negación de lo indígena, por lo que se nos volvió fundamental posicionarnos al Maule como un espacio mapuche que vivió grandes transformaciones en el proceso de colonización y el asentamiento de la república. Y es que, desde lo que pudimos indagar, la práctica de la cestería se ha desarrollado en el territorio desde tiempos precolombinos, logrando perdurar hasta la actualidad en el formato y materialidades que actualmente reconocemos como Tejido en Crin.

Si bien hoy parece no haber presencia mapuche en la zona, podemos decir que su influencia avanzó sigilosamente por otras rutas y por otros espacios. Avanzó en las manos, en el pensamiento y en el poder de su lengua. La denominación de los lugares persistió. Ya grabada en la memoria de la gente, pasó a la documentación y luego a la formación de toponimias oficiales que hoy figuran en los mapas de la Región. Pero no sólo eso. Los saberes, conocimientos y técnicas propias del mundo mapuche, se compartieron entre las personas que continuaron habitando la Región. Los conocimientos de la naturaleza y sus usos irradiaron

a la sociedad colonial, al punto de transformarse en un lenguaje compartido que logró atravesar centurias para poder reconocerse hoy como algo único. La transformación de estos territorios desde la llegada de los españoles hasta la república forjó también conocimientos situados, enraizados en la tierra que ustedes habitan, formas locales de observar e interactuar con el entorno y las materias que lo componen.

Fue sobre esto en lo que estuvimos trabajando todo el año pasado, de lo que resultó una investigación que les compartimos en un encuentro en el Museo de Arte y Artesanía de Linares al que alguna de ustedes pudieron asistir. En este boletín, a través del compartir ideas y actividades queremos invitarlas a conocer parte de esa historia que fuimos descubriendo, contarles lo que encontramos en los registros escritos sobre la Región del Maule, para que con estos antecedentes juntas vayamos construyendo cimientos firmes sobre la historia y memoria del territorio que resguarda el Tejido en Crin.

Reconstruir las historias borradas, no conformarnos con aquello que nos contaron, es un compromiso con las vidas que han brotado a lo largo de los años en la precordillera del Maule, con esos cerros, esos ríos y los bosques que van quedando.



Nuestro propósito es seguir alimentando la memoria colectiva de su oficio, dilucidar cómo se han ido tramando sus historias personales y las de sus familias con el territorio. Porque siempre hay un punto de inicio, no hay jerarquías ni juicios en la decisión de tomar o continuar un saber. Somos parte de enlaces de memorias antiguas que compartimos en nuestra habla, en nuestros gestos, en nuestros pasos, como el cauce de un río. La historia no nos pertenece y, sin embargo, somos parte de ella, la memoria no termina ni comienza en nosotras, nos traspasa, somos sus portadoras y herederas. Nuestra misión es continuar aquello que nos hace sentido, aquello que en nuestra intimidad nos acelera el corazón, nos hace brillar los ojos y nos invita a afanar cada día con pasión creativa.

Cada una de sus memorias, historias, vivencias, van construyendo los cimientos de una búsqueda sin una respuesta unívoca ni clara, pero que avanza en el esfuerzo de vincularnos con un pasado común que busca hacer justicia a aquellos humanos que habitaron estas tierras mucho antes que nosotras y por aquellos que vendrán en el futuro.

IDEAS PARA TEJER

## *Cestería en miniatura de la precordillera del Maule*

La ocupación de estas tierras tiene una larga data que ha influido indudablemente en las actuales prácticas y conocimientos que portan y caracterizan a las personas que habitan esta localidad. Toda la Región, cada pueblo o sector, ha estado inmerso en una historia más larga que la originada en el periodo republicano. El devenir de muchas trayectorias que actualmente desconocemos, de muchos pueblos o grupos étnicos que convivieron y habitaron esta zona en tensión, han configurado el presente de Rari y Panimávida.

*\*A continuación presentamos un resumen de la investigación: *Influencias indígenas y coloniales en la técnica del tejido en crin de la región del Maule* por Javiera Naranjo y Enrique Antileo, a través de los hitos que consideramos más importantes para entender los orígenes de la cestería en miniatura que se realiza en la precordillera del maule y que hoy conocemos como la técnica del Tejido en Crin. Para hacer más fluido el relato de esta historia ilustrada hemos sacado las referencias bibliográficas que la sustentan. Si es de su interés conocer el detalle de los autores, textos y fechas que nos permitieron construirla, pueden revisar la bibliografía de la investigación publicada el año 2019. **Si alguna de ustedes no tiene la investigación completa que referenciamos y quisiera recibirla en su versión impresa junto con el próximo número del boletín, por favor, escriban por whatsapp o llamen por teléfono a Javiera (+56 9 97835523) para coordinar el envío de un ejemplar hasta sus casas.***

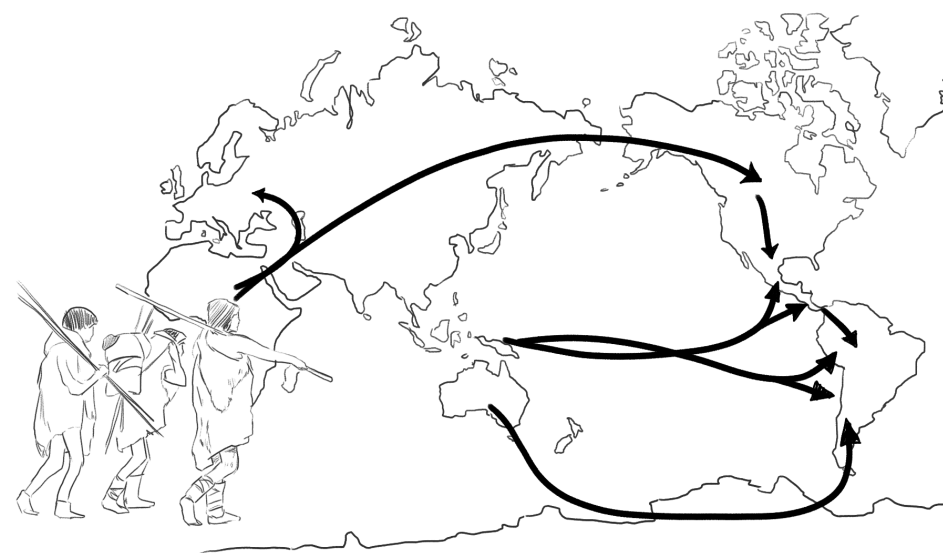
## Una propuesta interpretativa de los datos arqueológicos con relación a la cestería

Gracias a los **trabajos arqueológicos** de los que disponemos en la actualidad sabemos que el ser humano ha poblado América, y particularmente el territorio que hoy llamamos Chile, por lo menos, desde hace 12.500 a.p.<sup>1</sup>. De esa enorme cantidad de tiempo sólo tenemos registros escritos desde hace 526 años, con la llegada de los españoles. A los otros tantos miles de años, accedemos fragmentariamente mediante vestigios de ciudades, restos óseos y artefactos que a través de sus formas, diseños, texturas y posiciones nos dicen algo más allá de no contener palabras. Todos estos vestigios intentan darnos una pista de lo que fuimos. Mediante su interpretación pretendemos entender quiénes somos.

La **cestería** es una de las prácticas más antiguas de la humanidad, antes que la alfarería y el textil ya se hacía cestería. La falta de objetos que confirmen esta afirmación tiene que ver con las dificultades que imponen su frágil conservación: al ser fibras vegetales el clima se encarga de su degradación de manera rápida y eficaz, siendo muy pocos los casos en donde se encuentran vestigios de esta técnica.

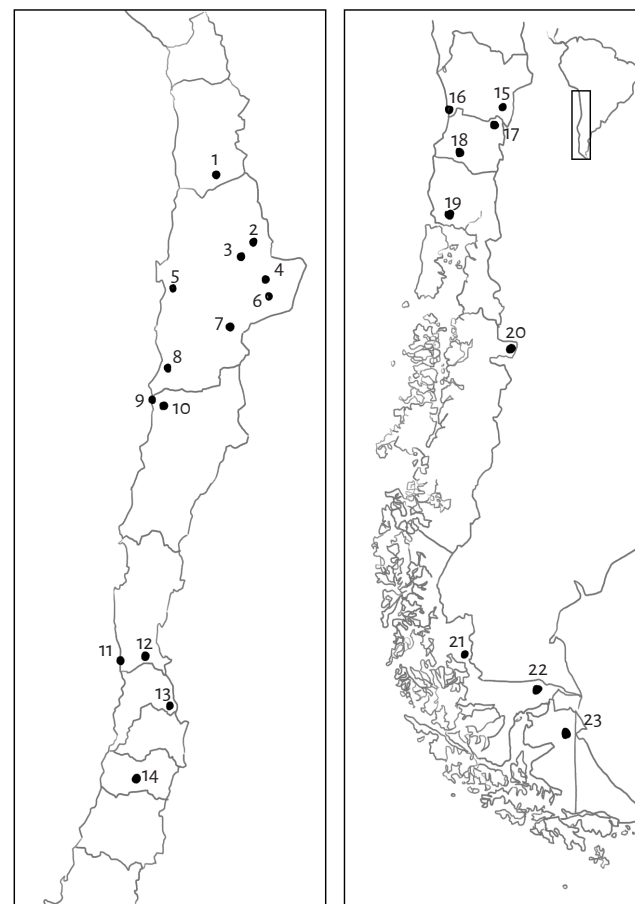
La arqueología explica que la prehistoria de Chile central se ha construido con escasos vestigios, ya que las condiciones de humedad, temperatura y calidad de los suelos promueven el deterioro de todo lo orgánico existente. Además, al ser la zona centro-sur una de las áreas con mayor desarrollo urbano y agrícola del país se ha destruido una parte importante de los restos arqueológicos que allí existían al construirse las ciudades.

<sup>1</sup> Años a.p. sin calibrar refiere a la edad radio carbónica expresada en años antes del presente y se cuenta hacia atrás desde 1950 (fecha definida arbitrariamente como el presente). (Falabella y otros, 2017: 23)



Las teorías sobre el **poblamiento americano** plantean que grupos de seres humanos hace miles de años migran desde África a diferentes lugares del planeta. Se dice que a América llegan caminando por el noroeste asiático persiguiendo a las manadas de mega fauna de las que se alimentaban, como el mamut, cruzando el estrecho de Bering durante la glaciación de Wisconsin, período donde el agua de los mares estaba congelada y creaba un puente natural entre Asia y América del Norte.

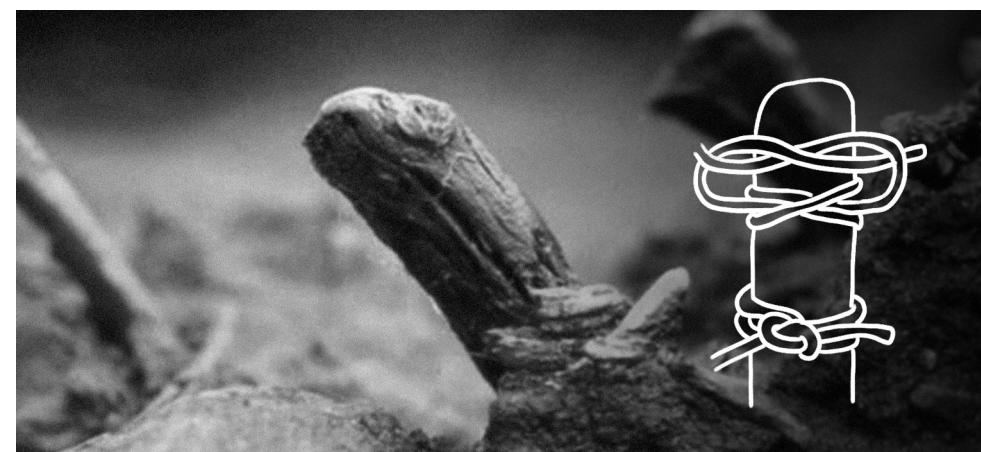
Además, los últimos estudios arqueológicos que existen en la zona, han logrado afirmar que, al contrario de lo que se pensaba, una vez ingresados los humanos al continente, existieron distintas poblaciones humanas habitando estos territorios de forma simultánea en espacios no tan lejanos. Así, la angosta faja biogeográfica entre los Andes y el Pacífico, desde el istmo de Panamá hasta Patagonia, actuó como un conducto longitudinal, algo así como un gran pasillo natural que favoreció el desplazamiento de las sociedades humanas.



**Mapa de Chile con los sitios de edad anterior a los 10.000 años a.p.**

1. Mani
2. Tuina 1 y 5
3. Alero El Pescador
4. San Lorenzo
5. La Chimba 13 (ex Quebrada Las Conchas)
6. Tulan 109
7. Salar de Punta Negra
8. Cascabeles 226-5 y San Ramon
9. El Obispo 1
10. Los Médanos 2
11. Área de los Vilos
12. Valiente
13. Piuquenes
14. Taguatagua 1 y 2
15. Pucón 6
16. Queule
17. Marifilo 1
18. Río Bueno
19. Monte Verde, Chinchihuapi y Salto Chico
20. El Chueco 1
21. Cueva del Medio, Lago Sofía
22. Cueva Fell, Pali Aike
23. Tres Arroyos 1

Fue así como estos grupos humanos en la medida que tanteaban la posibilidad de avanzar más al sur iban reconociendo nuevos territorios, existiendo vestigios de su llegada más austral en lo que hoy conocemos como Chile. Estos humanos alcanzaron la Patagonia alrededor del 9.000 a.C. En estos territorios se encuentran varias zonas de poblamiento antiguos y de seguro quedan varias más aún por descubrir, los sitios de edad anterior a los 10.000 a.p. se pueden apreciar en el mapa que se presenta a continuación, donde se registran de norte a sur los principales hallazgos como Tuina, en el desierto de Atacama, y Monte Verde, al norte de Puerto Montt, que tiene vestigios de 12.500 a.p.

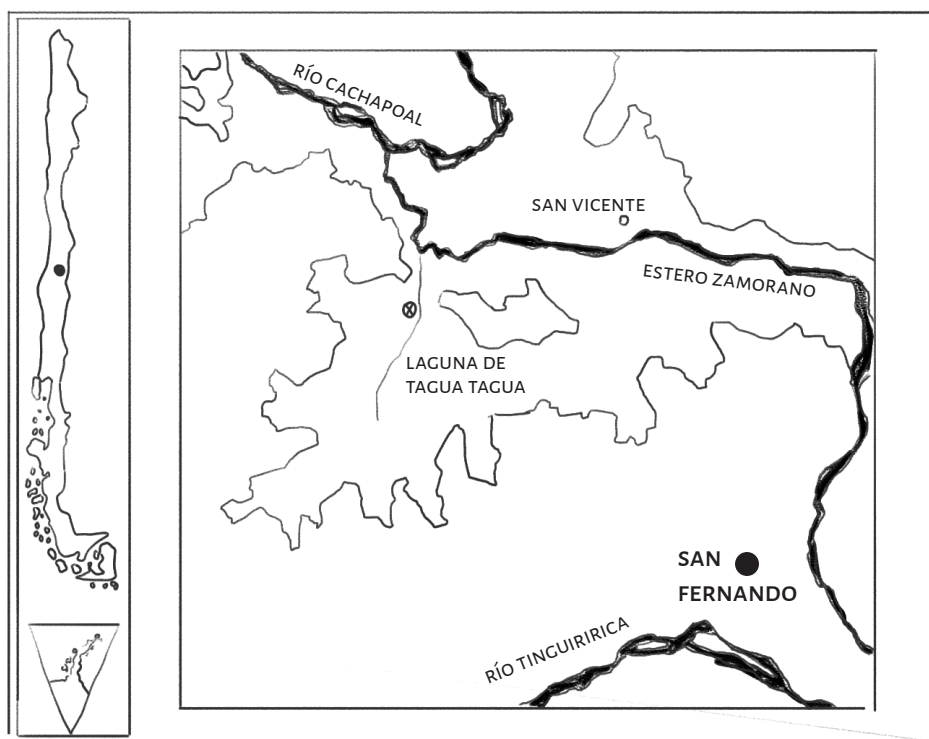


El sitio **Monte Verde** es el que registra la datación más antigua del espacio territorial que habitamos, y además, es uno de los sitios mejor conservados. ¡Es un hallazgo sorprendente! Encontraron un campamento completo enterrado ahí, a la altura de lo que hoy conocemos como Puerto Montt en la Región de Los Lagos. Dentro de las cosas que habían, estaban unas cuerdas confeccionadas con junco, que se ocuparon para mantener tensos los tirantes del toldo habitacional. La existencia de estos registros de cuerdas nos permite pensar en la posibilidad de cestería. Si bien en el sitio mismo no se encontró ningún tipo de canasto, ni tampoco huesos humanos, queremos imaginar que los humanos y los canastos se fueron juntos del lugar, no quedando de ellos más que detalles que permiten suponer su existencia.

Sin embargo, este hallazgo es un antecedente que sitúa una posible confección de cestería en el territorio hacia 12.500 a.p, lo que permite pensar en largas trayectorias de conocimientos. La cestería es una técnica que se traspasa de mano en mano, transformándose con los milenios, cambiando de materialidad y formato hasta nuestros días. De alguna forma, podemos aventurarnos en pensar que la cestería que hoy se conoce tienen una raíz común: los nudos que confeccionaron los primeros habitantes del territorio que hoy llamamos Chile.

## *Poblamiento temprano de la precordillera de la Región del Maule*

Los hallazgos demuestran que hace 12.500 a.p. ya existían pequeños grupos humanos viviendo perfectamente adaptados en el sur del territorio chileno. Si aceptamos la teoría del poblamiento americano a través del estrecho de Bering, se debiese asumir que cualquier humano que ocupó el territorio sur debió obligadamente transitar con anterioridad por la zona central del actual territorio de Chile. Lo que nos permite pensar en la posibilidad de que poblaciones humanas hayan ocupado territorios maulinos con anterioridad a Monte Verde.



Y un claro ejemplo de lo anteriormente expuesto son los hallazgos arqueológicos de los sitios Tagua-Tagua y Cuchipuy, ubicados en la desecada Laguna de Tagua-Tagua, en la comuna de San Vicente de Tagua-Tagua, Región del Libertador Bernardo O'Higgins. Constituye el segundo centro de hallazgos arqueológicos más antiguo de Chile, después de Monte Verde, y fue escenario de una de las primeras ocupaciones humanas detectada en hace 11.380 años aproximadamente. Los restos encontrados corresponden a restos de 8 mastodontes, además de caballos y ciervos americanos, todos con indicios de actividad humana, datados en una edad aproximada a los 12.000 años. En Cuchipuy, por otro lado, se encontró un cementerio que conserva osamentas humanas de 8.070 años de antigüedad.

Dichos hallazgos confirman la ocupación del territorio entre los andes y el pacífico durante aquel período, si bien en ningún otro sitio arqueológico se han encontrado cuerdas que nos permitan pensar en la posibilidad de cestería, como en el caso de Monte Verde, la existencia de ocupación humana de manera contemporánea nos permiten pensar sobre la diversidad humana y espacial de aquel entonces. Con todo, los hallazgos son escasos y aún es mucho lo que se necesita investigar con respecto a los primeros poblamientos humanos del territorio.

Es importante explicar que la **Región del Maule** se encuentra en un espacio territorial difícil de definir arqueológicamente, ubicado al sur de la zona central y a la vez al norte de la zona sur. Se muestra como un espacio intercultural donde, probablemente, durante milenios convergieron grupos humanos con diferentes expresiones culturales. Existen varios vestigios arqueológicos asociados al arte rupestre, petroglifos realizados en el sector cordillerano de la Región.

Están, por ejemplo, las piedras marcadas de Huaiquivilo, los petroglifos del Valle de Calabozos, los del Cajón de Valdés, Cajón El Toro, Las Nalcas Coloradas, Cajón de la Gloria y los del Cerro Quiñe, estos

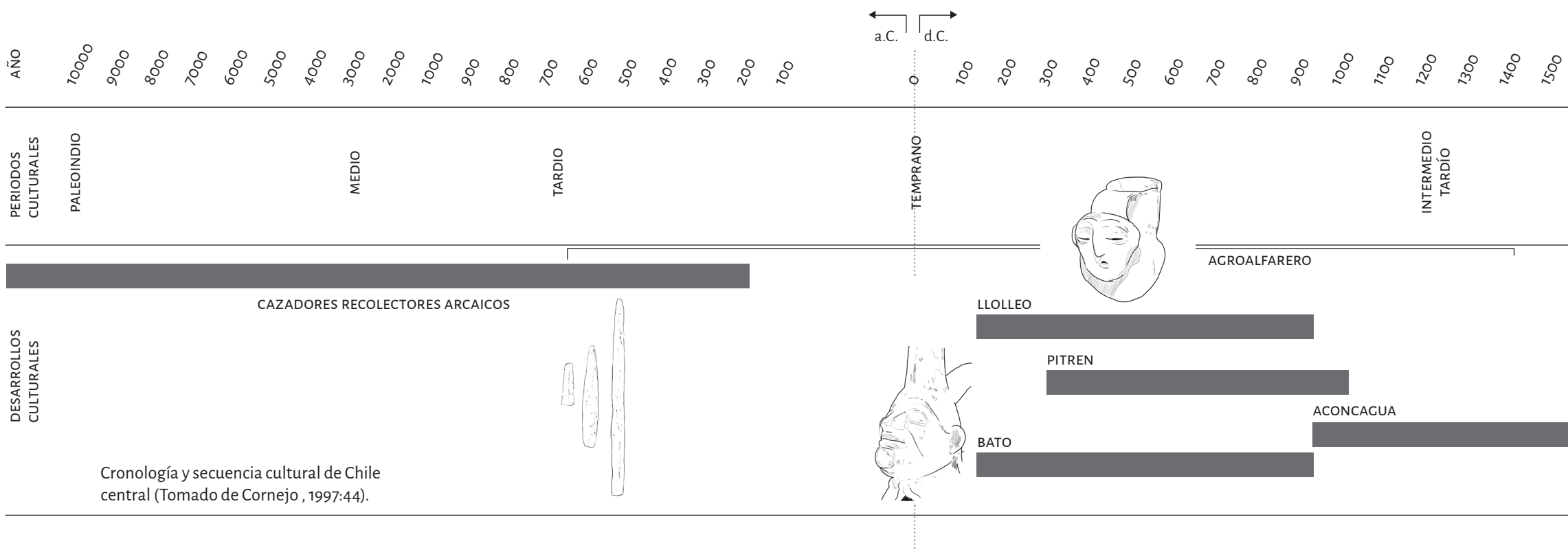
últimos son quizás los más conocidos. Todas estas expresiones prehistóricas comienzan recién a estudiarse a mediados del siglo XX, por lo que no existe mayor información sobre ellas. ¿Quiénes los hicieron? Es una interrogante que hasta el día de hoy no tiene respuesta. No existen estudios que ligen estos vestigios con otros dentro del territorio, quedando como señales aisladas de signos humanos en el Maule.

Si miramos el mismo territorio y avanzamos varios miles de años después de Monte Verde, la arqueología ha reconocido diversos asentamientos y colectividades humanas pretéritas. La diversidad de expresiones materiales encontradas permiten hablar de grupos con distintas identidades sociales. Los vestigios se enmarcan en el período Alfarero Temprano y se les asocia con los llamados complejos culturales **Bato** y **Llolleo**, sin embargo, también se mencionan rastros de la cultura **El Molle**, por el norte y la Cultura **Pitrén**, por el sur. Cuestión que evidencia las dinámicas sociales y la alta movilidad que existía en el territorio.

No existen, por ahora, registros de complejos culturales prehispánicos específicamente en el territorio maulino. Ya que el único hallazgo arqueológico del territorio, el **cementerio indígena Loncomilla**, ubicada a 3.5 km al noreste de la localidad de Villa Alegre, corresponde según las investigaciones a vestigios posteriores a la conquista española.

Un dato importante a tener en consideración es que para algunos investigadores los complejos culturales Bato, Vergel, Llolleo y Pitrén pueden ser considerados como antecedentes directos del **Pueblo Mapuche**. Se plantea que sus orígenes podrían rastrearse con bastante homogeneidad hace 1.000 años atrás.

El entramado que se presenta en los vestigios de todas estas tempranas poblaciones humanas hace difícil pensar separaciones drásticas en el tiempo. Finalmente todas las relaciones sociales, incluso las prehistóricas, son procesos, y eso quiere decir que toman su tiempo para desarrollarse y advertirse como tal. Probablemente esa homogeneidad que



Cronología y secuencia cultural de Chile central (Tomado de Cornejo, 1997:44).

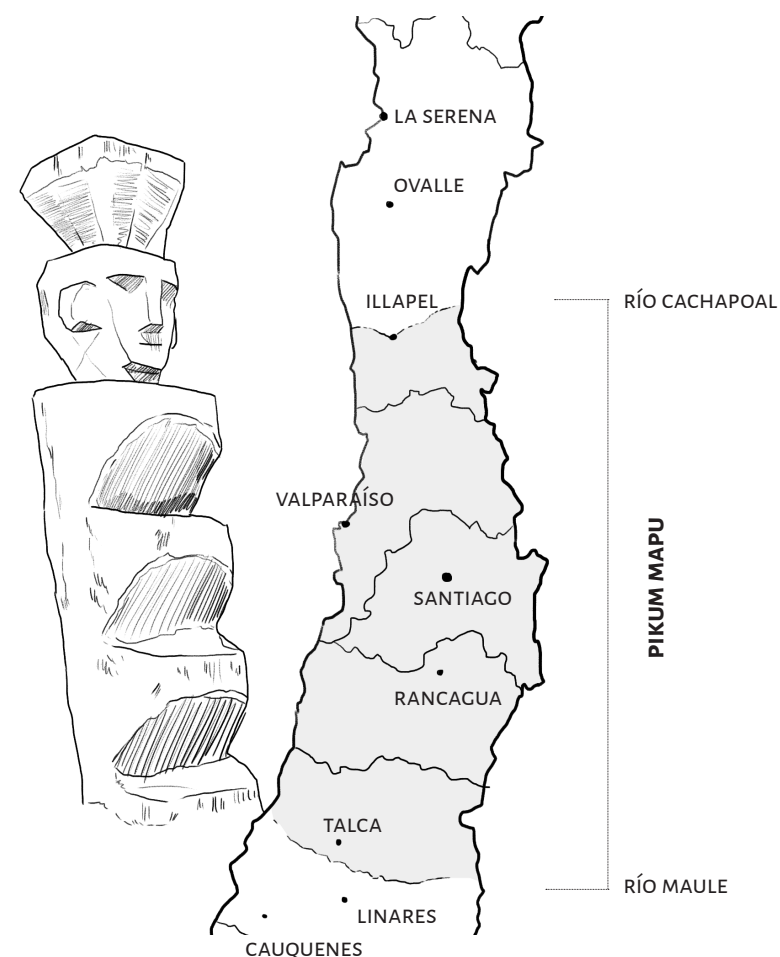


se reconoce como pueblo Mapuche hace 1.000 años, tomó otros miles de años para configurarse como tal. Es difícil no pensar que los habitantes del campamento Monte Verde y otros grupos humanos que poseían un importante conocimiento sobre su biodiversidad—incluso sobre las propiedades medicinales de plantas y árboles que hoy la sociedad mapuche utiliza dentro de su sistema médico— no hayan sido parte de la cadena de experiencias culturales que se condensaron con el tiempo en lo que hoy conocemos como la cultura mapuche.

Es importante mencionar que cuando la arqueología realiza interpretaciones de los hallazgos está leyendo estos hallazgos desde su experiencia presente, los relatos que se nos cuentan forman parte de discursos oficiales que intentan acomodar la historia del poblamiento del territorio que actualmente llamamos Chile a las narrativas que les resulten útiles para ese presente.

Y es que las ciencias en general, y las sociales en particular, no son ingenuas al momento de presentar sus datos, sino que acompañan o construyen también narrativas homogeneizantes para justificar acciones y construir realidades. Desde esa misma lógica, es que a nosotras nos resulta interesante volver a tomar los datos y pensarlos desde una nueva perspectiva, una que invite a mirar los vestigios humanos como parte de expresiones culturales compartidas y que pueden entenderse como antecesores culturales directos del actual Pueblo Mapuche.

### Del territorio Pikumche a los Pueblos de Indios



Previo a la llegada de los españoles, el territorio que comprende entre el Río Choapa y el río Maule se encontraba habitado por grupos que los incas llamaron *promaucaes*. Los denominados *promaucaes*—palabra deformada del quechua *purum awka* que alude a población guerrera no conquistada— correspondía a población mapuche o hablantes de *mapuzungun* que tenían control territorial de diferentes pisos ecológicos

de mar a cordillera.<sup>2</sup> Desde las zonas lacustres hasta el interior fueron espacios de habitabilidad que eran controlados, años antes de la colonización española, por poblaciones de lo que el pensamiento mapuche reconoce como el *pikum mapu* o territorio del norte.

Esta zona no tenía los límites claros. Las geografías no se dividían como lo hacen actualmente con diferentes autoridades o Estados. En algún momento del **siglo XV** este vasto territorio intentó ser incorporado por los incas en sus procesos expansivos por gran parte de Abya Yala<sup>3</sup> hasta constituir el *Tawantinsuyu*, lo que permitió que años más tarde aparecieran estas zonas y sus personajes, principalmente autoridades indígenas, en algunas fuentes documentales.

El proceso —que llega al presente bastante fragmentado— fue largo, complejo e inevitablemente lleno de tensiones y enfrentamientos. Los grupos incas negociaron con la población del valle de Aconcagua y del Maipo, logrando instalarse por varias décadas en estos lugares desarrollando relaciones entre los diferentes pueblos bastante complejas.

No obstante, el avance Inca no se pudo proyectar más al sur. **Su límite fue el río Maule**. Esta tierra presentó dificultades a los gobernadores incas en su intento por avanzar e incorporar estos espacios al Tawantinsuyu. Años más tarde, la zona comprendida entre los ríos Mataquito y Maule adquirió nuevas características. Se transformó en un territorio de frontera entre la presencia Inca —cuya influencia era bastante más clara hasta el valle de Maipo— y lo que es hoy el territorio mapuche, que se iniciaba desde allí hasta la Isla Grande de Chiloé, en el sur de Chile.

En este sentido, se puede imaginar que la zona, a la llegada de los españoles, poseía una afianzada distribución espacial y una estructura

2 En la crónica de Gerónimo de Vivar de 1558 se indica que la lengua usada desde Santiago hasta Toltén es la misma. Véase Vivar (1966[1558]:155)

3 *Abya Yala* es el nombre indígena que recibe América Latina. El vocablo pertenece al pueblo kuna de Panamá. Se atribuye el uso de este nombre a los movimientos indígenas de los años setenta.

social consolidada. Es sobre estas formas de control espacial y organizacional —propias de la conformación de espacialidades mapuche y también de la influencia incaica— que se deposita el poderío español y comienza un paulatino proceso de desmembramiento del mundo indígena. Este proceso, en síntesis, se vio facilitado por **la violencia de la guerra** y sus consecuencias directas, pero también por la formación de las **encomiendas** y la **servidumbre indígena** que se impusieron sobre las modalidades locales de organización del trabajo, los territorios y lugares de pertenencia.

El dominio español se consagró, en gran medida, por **el despojo de las tierras mapuche del pikum mapu** y la obligatoriedad de trabajar o tributar para los colonizadores impuestas a los *longko* y los miembros de los diversos *lof* que constituían este espacio. A la luz de diversos escritos y fuentes, el proceso de instalación y asentamiento de los colonizadores y la implementación de un patrón racializado del trabajo, es posible sostener la generación de un daño irreparable en la población asentada, producto de nuevas lógicas de explotación laboral y traslados forzados a diversos parajes ahora bajo el alero de las encomiendas españolas y sus mecanismos de producción. Esta situación derivó en una enorme disminución poblacional, en movimientos migratorios hacia el *Wallmapu*<sup>4</sup> y forjó, con el tiempo, un giro en historias que nunca más volvería atrás.

4 Territorio mapuche libre

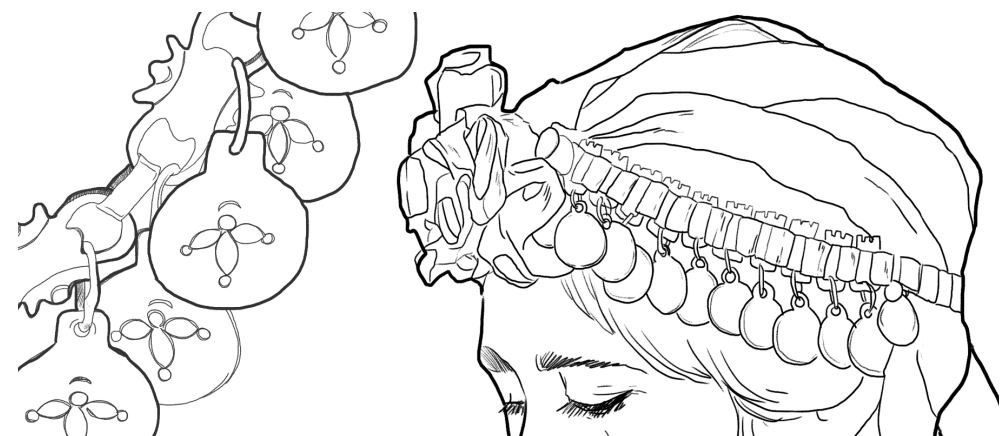
### Apropiación, adaptación y transformación de la vidas



Tras la llegada de los españoles se comienzan a conformar en el territorio los llamados **Pueblos de Indios**, estos muestran cómo la vida cotidiana de estos lugares configuró rápidamente un nuevo escenario de intercambios sociales y materiales. Con pocos años de vida a cuestas, los Pueblos de Indios comenzaron a producir alimentos derivados de la agricultura y la ganadería lo que les permitió la subsistencia. Al mismo tiempo, sus habitantes lograron propiciar un incipiente aunque precario comercio. Esta transformación posiblemente tuvo relación con el agotamiento de la extracción de oro implementada los primeros años de la colonización española y el paso a una nueva economía agropecuaria que sostenía las dinámicas locales y llegaba incluso al Virreinato del Perú.

Desde Aconcagua hasta el Maule, el excedente agrícola que obtuvieron los pueblos de indios se reutilizó en la intensificación de su producción, es decir, se ocupó en la compra de herramientas agrícolas (tijeras,

hachas, arados, hoces, cedazos), tecnología y otros implementos para la vida cotidiana en el pueblo como aceite para enfermos. Estos lugares —pese a la presión de la burocracia colonial representada por administradores de pueblos, protectores de naturales y curas doctrineros— lograron adaptarse al momento económico de la incipiente Capitanía General. Por cierto, se trató de una economía vigilada, aunque caracterizada por el intercambio de bienes, la compra y venta de productos alimenticios (quesos, vinos) y el ingreso de dinero.



Ahora bien, el **siglo XVII** es un momento de **consolidación del modelo agrícola español**. De ahí el vuelco hacia el rubro agrícola-ganadero por parte de la población mapuche. Durante el siglo XVII los Pueblos de Indios logran administrar cientos de cabezas de ganado con las que participan en las redes comerciales que comienzan a tejerse en todo Chile central. Esta información particular evidencia un proceso de asentamiento definitivo de este modo de vida. Los mapuche del *pikum mapu*, ante el dominio colonial, terminaron al alero de las formas de control territorial español y fue en aquellas nuevas realidades donde se agenciaron y levantaron sus historias.

Ejemplos de este cambio sustancial es la calidad de propietarios de tierras que adquieren los mapuche de la zona y la participación en las redes económicas, lo que se traducía en la instalación en los campos y la producción agroganadera. Las formas locales de identificación se despliegan en el profundo conocimiento lingüístico de los habitantes indígenas. En específico, refieren a los nombres en *mapuzungun* que adquieren los hitos geográficos como quebradas, ríos, montañas y piedras. Esto, sin duda, habla de sujetos con memoria espacial.

Es sabido que los Pueblos de Indios comienzan a debilitarse a mediados del siglo XVII. Los nombres mapuche que aparecen en la documentación colonial de jueces visitantes y que inundan las zonas como Vichuquén, Lora, Huenchullamí, Loncomilla, comienzan a desaparecer en el transcurso del siglo XVII. La zona, en general, fue lugar de transformaciones vertiginosas en términos de la propiedad y de la producción. Aún así, perdurarón a nivel microscópico mecanismos tradicionales de la vida indígena. Si bien las borraduras de la historia no han hecho justicia con la presencia indígena en el Maule, una memoria subterránea avanzó hasta el presente y se hace cada vez más latente

---

### *De Putagán al latifundio*

Los Pueblos de Indios permanecían al alero de los dispositivos de vigilancia española, siendo **la encomienda** la más importante. Estaba en poder de los encomenderos la distribución y uso de las personas mapuche como mano de obra a disposición constante. Probablemente los modos en que funcionó este sistema fue uno de los factores que condicionaron la desaparición paulatina de los Pueblos de Indios. La extracción de personas —enviadas a yacimientos mineros u obras de

hilados u otras tareas— perjudicó gradualmente la organización interna y familiar de los Pueblos de Indios. Por otro lado, pueden haber existido decisiones y voluntades de las propias familias de los Pueblos de Indios que ante el escenario vivido optaron por alejarse de esas formas de vida.

De todos modos, el trabajo y el traslado forzoso de población indígena es indudablemente un elemento de peso que explica la desintegración del mundo indígena en la Región que dio paso a la nueva configuración social del **siglo XVIII y XIX**. **La encomienda y los encomenderos** fueron claves en el funcionamiento de este inexorable sistema de distribución y uso de la fuerza laboral colonial. Los pueblos indígenas que habitaban la Región, principalmente mapuche, enfrentados a muchas situaciones complejas, se vieron mermados en su cantidad de personas.

**La población indígena: disminuyó bruscamente en menos de 200 años (1542-1742)** provocado por enfermedades foráneas contraídas, por las guerras y enfrentamientos bélicos internos, por hambrunas masivas, por las migraciones interregionales y por el desgano vital y la pérdida de sentido de pertenencia, que les ocasionó la conquista y el sometimiento hispano católico de los conquistadores en su propio territorio a la población natural; lo que trajo como consecuencia una creciente baja de nacimientos en las poblaciones aborígenes y el posterior mestizaje criollo ineludible; producto de la hegemonía española.

A inicios del **siglo XVIII** convergen varios procesos que cambiarán la territorialidad y el poder en la actual Región del Maule. Al igual que en casi todo Abya Yala, la economía metalífera había disminuido considerablemente y la mano de obra escaseaba. Los conquistadores empiezan a desempeñarse en el rubro agrícola y erigen un gradual proceso de concentración de la tierra. Para la segunda mitad del siglo XVII este ya es un fenómeno en marcha en el Maule y es mucho más claro en la centuria siguiente. El **latifundio del Chile central** fue un dispositivo de reclutamiento de población como mano de obra. En la zona, la forma

de capturar población para el trabajo se desplegaba al menos en tres dimensiones: los hacendados que también eran encomenderos trajeron a indígenas a zonas más cercanas; se utilizó población indígena esclava de la Guerra de Arauco y, por último, se atrajo población libre —españoles, mestizos, indígenas, negros, mulatos libres, en el lenguaje de la época— y se les instaló en las haciendas formando el **inquilinaje**.

Fue tal el crecimiento de la propiedad unipersonal y la demanda de mano de obra que trajo aparejado otros procesos: uno de ellos la desaparición, el despoblamiento o la ocupación por foráneos de los últimos Pueblos de Indios. Se podría decir que el latifundio antiguo absorbió a toda la población rural —puertas adentro— en el espacio de un siglo. Todos los testimonios de la época están de acuerdo en que hasta entrado el siglo XVIII, el país era, con la excepción de unas pocas ciudades, un yermo extendido desde el desierto del norte a la frontera. Cada curato estaba formado por 5 o 6 grandes haciendas y se podía cabalgar 20 o 30 leguas, más de un día de jornada, sin encontrar más que una aldehuela de 8 o 12 casas, que eran los habitantes de una hacienda. De vez en cuando, a 1 pie de la Cordillera algún trapiche con 10 indios trabajando, alguna casa señorial, con bodegas y corrales; en la costa grandes trechos, pequeñas comunidades de pescadores con 6 u 8 familias. (Mellafe, 1983:96-97)

Una de las formas que toma fuerza en la nueva estructura agraria es el **peonaje**, las y los trabajadores estacionales indígenas y mestizos que transitan de hacienda en hacienda en trabajos menores y esporádicos. El fenómeno incrementa, por cierto, la pobreza e indigencia y en su desarrollo se incuban formas de respuesta de los empobrecidos como el bandolerismo, el cuatrерismo y otros tipos de delitos comunes de la época. Incrementan las causas judiciales por vagabundaje y crímenes como robos, saqueos, entre otros.

El aumento de la densidad poblacional del Maule desemboca finalmente en la fundación de villas y ciudades. Esta fue la única solución entre gobierno, iglesia y latifundistas para absorber a la población flotante. El poderío del agro además requería ciudades para su funcionamiento y circulación económica.

**San Ambrosio de Linares**, actualmente uno de los centros urbanos más cercanos a Rari, se funda como un villorrio en 1794-95. Anteriormente se había fundado **San Javier** de Loncomilla en 1755 y más al sur **Cauquenes** en 1742. Más al norte, **Talca** y **San Fernando** se habían establecido en 1742 y **Curicó** en 1743. No obstante, también otros motivos propician las fundaciones de villas: tener el control de la población del reino ante los fuertes levantamientos indígenas en la frontera de Biobío.

Recapitulando, a mediados del siglo XVII, los Pueblos de Indios comienzan su desaparición. El sistema de encomiendas que se articulaba a su lado da paso a nuevas formas de propiedad de la tierra entre españoles. Ejemplo de ello es **Putagán**, el pueblo de indios y encomienda más cercana a lo que hoy conocemos como Rari, cuyo nombre (Putagán) deviene del río homónimo que nace en la precordillera de los Andes.

Bartolomé Flores, encomendero de Putagán, instalado en las tierras que fueran del *longko* Ibillarongo, heredó sus posesiones a Águeda de Flores, su hija. Águeda fue esposa de Pedro Lisperguer —quien tenía las encomiendas de Cauquenes y Purapel—, constituyéndose en un repartimiento más grande.

Pedro Lisperguer y Flores, hijo de ambos, continuó entonces como el heredero de las tierras y las encomiendas. En 1625 trasladó a gran parte de sus encomendados varios kilómetros más al norte a su estancia en Peñaflor. Pedro Lisperguer y Flores fue conocido por su duro trato a los mapuche que tenía en encomienda. Muchos de ellos escaparon de sus escarmientos. Muerto Lisperguer y Flores, las encomiendas fueron entregadas a otras personas como beneméritos y pasó en 1629 a doña Juliana Páez Castellanejo, luego a su hija Mayor Arias (Opazo, 1942:31). En

1667 la encomienda y las tierras pasaron a manos de Pedro Arias de Molina, el segundo hijo de Juliana Páez, pero este murió un año después.

Luego de una serie de traspasos y denegaciones, las tierras de Cauquenes y Putagán pasaron a Diego Fernández Gallardo Escobar en 1679, quien se casó con Inés de Lisperguer, nieta del cruel Pedro Lisperguer y Flores. De aquel matrimonio nacieron catorce hijos, quedando la encomienda en el quinto hijo: Juan Fernández Gallardo y Lisperguer (Opazo, 1942:31-33).

Las encomiendas en Chile fueron abolidas definitivamente por Ambrosio O'Higgins a comienzos de la década de 1790, aunque su funcionamiento y formas de tributo indígena venían cambiando desde el siglo XVII y para la fecha la población que encomendada era muy escasa. Al igual que los Pueblos de Indios, las encomiendas era una institución en decadencia. La vida hacendal y otras formas de trabajo y establecimiento de las familias regían las historias de las personas en el siglo XVIII. La nueva propiedad latifundista española y la reestructuración del campo laboral en base a estas unidades agropecuarias eran el motor de una compleja sociedad mestiza.



## *La sociedad heterogénea del Maule*

Es difícil imaginar una vida uniforme en el Maule del **siglo XVIII**. Las estancias españolas se constituyeron en la forma más extendida de asentamiento, concentrando también el trabajo de población mapuche y otros pueblos indígenas, de mestizos, de inquilinos y de peones. Luego las primeras villas surgieron para acoplarse con la producción de **las haciendas españolas**. No obstante, la vida también se diversificaba en los márgenes, en las afueras de la propiedad española.

La presencia mapuche, desde nuestro punto de vista, fue fracturada ante los traslados permanentes de la fuerza de trabajo. El tejido familiar y social fue resquebrajado casi completamente por la opresión colonial de las familias que se instalaron en la parte superior de la pirámide social. La vida colonial del siglo XVII y XVIII se fue conformando entonces al amparo de la hacienda. La reducción a pueblos de los grupos indígenas provocó la disminución de la población mapuche que vivía en ellos. La hacienda y el inquilinaje fueron adquiriendo capital importancia en la historia del Maule.

La población mapuche y de otros grupos indígenas fue instalada al interior de las haciendas, recibiendo una pequeña porción de tierra. Por otro lado, en los márgenes del latifundio surgieron otros tipos de pequeñas propiedades que produjeron una campesinización independiente. **La vida rural entonces construyó un tipo de sociedad patronal bajo el sistema de creencias español. Hablamos de una sociedad fuertemente cristiana y devota.**

En aquel tipo de formación social, la **presencia mapuche circuló por debajo y de forma soterrada**, aunque de todos modos también fue produciendo cambios en una sociedad que desarrolló un intenso proceso de hibridación de prácticas culturales. En la superficie, las prácti-

cas se erigían como profundamente católicas y respetuosas del sistema de autoridad colonial. Por abajo, emergían formas híbridas de arte y creencias. Pensamos que entre el siglo XVIII y XIX se configuró una sociedad compleja en la zona central, un mundo de varias caras. Aquel mundo, a la luz de ciertas narrativas actuales y de formas de comprensión de historiadores, folcloristas o del modelo educativo, emergió sin lo indígena; borró, en sus formas de pensarse, la presencia de las alteridades no españolas, pero al mismo tiempo cohabitó en tensión con sus cuerpos, saberes y conocimientos.

La **persecución a la brujería**, en todo el territorio colonial hasta la frontera, es un claro ejemplo de conocimientos penalizados por la autoridad eclesiástica y la autoridad colonial. Muchos de estos casos, nos llegan al presente a través de los procesamientos que se almacenaron en la Real Audiencia. En la zona del Maule, destaca el caso del mulato Domingo Rojas, procesado en Talca por hechicería y maleficios en 1756 y también el de la cacica Tomasa Briceño, un poco más al norte, en Malloa (hoy Región del Libertador Bernardo O’iggins), desarrollado en 1710. Este último caso resulta extremadamente relevante para lo que aquí queremos plantear y para graficar cómo se desplegó una “religiosidad heterodoxa colonial”.

La hija de la cacica Tomasa Briceño, Petrona, fue arrebatada por las autoridades españolas para que fuera criada en otro lugar. El reclamo de Tomasa devino en una serie de procedimientos y testificaciones que nos dan luces de diferentes saberes confrontados. La acusación española se basaba en una serie de testimonios que acusaban a Tomasa de ser una persona capaz de hacer maleficios, principalmente con “las palabras”. Todo jugaba en contra de Tomasa: la acusaban de no conocer bien la cristiandad; le recriminaban que su pareja, clasificado como indio, también era un hombre de maleficios; la acusaban de haber sido descubierta por una *machi* como la persona que enfermó a Micaela Carron

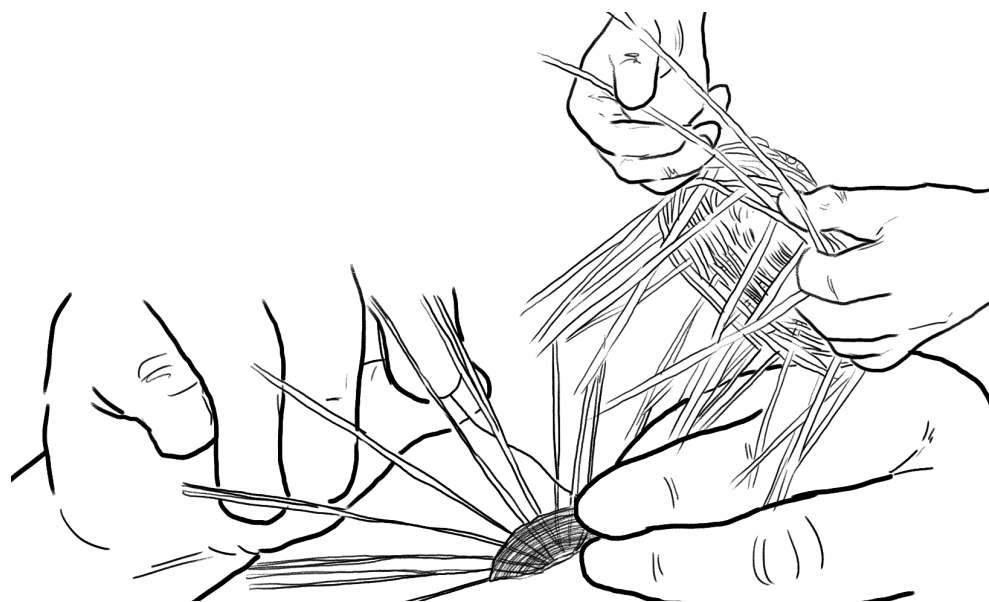
(otra testigo). El caso demuestra la fragilidad en que se encontraban los asentamientos y las vidas indígenas ante la burocracia española y cómo la autoridad colonial podía debilitar cargos de cohesión social como el cacicazgo. El caso de Tomasa se compara con las penas sufridas años antes (1714) por el cacique Lorenzo Millacura de Itata, un poco más al sur del Maule, condenado a los azotes y a trabajar en las minas del valle de Copiapó en una acusación de hechicería que tenía como trasfondo un conflicto por la propiedad de la tierra.

La coexistencia de formas religiosas heterogéneas fue un componente importante de la vida desarrollada en el Chile central. Evidentemente, una realidad donde algunos sistemas de creencias tenían mayor poder que otros. Las creencias no españolas fueron perseguidas y condenadas. No obstante, lo más probable es que estas penetraron en las formas de vivir la religiosidad de toda la población de la Capitanía General. Con esto, podemos imaginar que, por debajo de la homogenización hacendal, transcurrían otras formas de ser y de vivir. El mundo mapuche no estaba tan lejos como se creía. Sus saberes, aunque criminalizados, bullían por diferentes rincones.

En cierto modo, lo mapuche convivía en los valles centrales controlados por el español. Muchos saberes estaban allí y se expresaban en las manos, cuerpos, en las capacidades de ubicación geográfica, en el conocimiento de las plantas y los remedios naturales. Pero también lo mapuche estaba por fuera. En el siglo XVIII, las montañas de la Región del Maule están absolutamente controladas por **mapuche-pewenche**, que dominan los pasos cordilleranos, las bajadas hacia el este de la cordillera y las montañas del sur más allá del Biobío. Su presencia en la zona del Maule no resulta extraña y de hecho algunas de las tejedoras actuales del Crin recibieron a través de la memoria oral de sus antepasados un vínculo de pertenencia al mundo *pewenche*. A fines del siglo XVIII las autoridades van limitando el acceso de españoles hacia la cordillera. Se

dictan este tipo de órdenes en Colchagua, Rancagua y Maule. Ambrosio O'Higgins prohibió el paso de españoles en Curicó ya que decía que van a respirar entre los indios ideas diabólicas contra el gobierno. En 1796 se prohíbe también el pastoreo de animales en las zonas cordilleranas mencionadas como “tierras de pehuenches”.

El imaginario del Chile central como sinónimo de una cultura hacendal debe ampliarse para develar otras presencias, otras formas de contar el pasado, otras identidades. **Lo poco que logramos exponer en los párrafos anteriores es solo para problematizar cuánto ha quedado del mundo indígena, del mundo mapuche hasta hoy, cuánto reconocemos y cuánto borramos.** Muchas historias ocultas arribaron al siglo XIX, entre continuidades y rupturas, habitando en las zonas grises de lo que fue la sociedad chilena mestiza y el discurso patronal. Los aportes de la etnohistoria y la arqueología nos permiten una interpretación que apunte hacia ese reconocimiento. En aquel devenir subterráneo, olvidado, pensamos que las memorias indígenas que no alcanzaron a ser palabras siguieron su curso en los cuerpos, en las manos, en las técnicas.



### *Cestería en miniatura: el desarrollo de una técnica*

Desde nuestra perspectiva, la práctica de la cestería se ha desarrollado en el territorio desde tiempos precolombinos, y ha perdurado hasta la actualidad. Frente a los antecedentes presentados nos atrevemos a plantear que los comienzos de la cestería en miniatura que se realiza actualmente en Rari y Panimávida están íntimamente ligados con la práctica de la cestería que se ejecutó en Putagán y otros Pueblos de Indios que conformaban este territorio con anterioridad.

Ahora bien, según los antecedentes anteriores sobre cestería y en términos de las técnicas utilizadas en el territorio maulino, se puede trazar un camino que nos sitúa ante una relación directa entre el Tejido en Crin y la cestería mapuche. Para quienes reconocen la técnica que actualmente se teje en Rari y Panimávida, no les costará advertir la similitud de la técnica del entramado que se encuentra en diferentes localidades del territorio con el trabajo que actualmente realizan las tejedoras del crin.

Además, este vínculo con la tradición cestera mapuche se ve fortalecido en los relatos de las actuales artesanas de la localidad de Rari. Algunas mujeres reconocen en la cestería en miniatura, un origen en el pueblo mapuche, ya que se consideran descendientes de *pewenche* que habitaban ese lugar tiempo atrás. Al aceptarse como mapuche, no les es difícil realizar una vinculación directa entre la antigua cestería mapuche en voqui y la actual cestería en miniatura del crin. La técnica, señalan, es la misma, solo cambian las posibilidades que otorga cada uno de los materiales.

Hasta la fecha los estudios realizados con respecto a los orígenes del Tejido en Crin se enmarcan en una narrativa cargada de colonialismo, que no valora ni reconoce a los saberes que residen en los habitantes



del territorio. Estos estudios tienden a insinuar que la expertiz técnica proviene de sabidurías foráneas. Una matriz civilizadora, una poderosa geopolítica del conocimiento que pulveriza los saberes locales y arroja al abismo otros pensamientos y conocimientos.

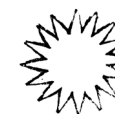
Frente a esto nos embarcamos en un ejercicio historiográfico de descolonización. Para nosotras la invisibilidad de los orígenes del crin no es azarosa, sino que responde a una línea de pensamiento muy allegada a los investigadores chilenos del siglo XX, quienes desde una mirada de superioridad no fueron capaces de conceder a las llamadas *Artes Populares* o *Artesanía* de Chile la creatividad e inteligencia indígena. Primó por años un blanqueamiento que supuso la desconexión de las prácticas culturales de la población indígena. El mestizaje operó como telón encubridor, exteriorizando la presencia de supuestas culturas “más avanzadas” que los habitantes nativos.

El Tejido en Crin hasta la fecha ha sido reconocido principalmente como una artesanía ornamental de origen colonial. Su falta de historicidad da cuenta de encubrimientos y borraduras de larga data con el mundo indígena que habitó extensamente el *mapu* maulino. Desde nuestra interpretación, si bien existe un influjo colonial, la técnica es herencia y conocimiento indígena que se mantuvo vivo en las manos de estas mujeres y que las conecta con un *Wallmapu* prehispánico. Estas piezas, estos objetos, se muestran atiborrados de contenido tanto historiográfico como simbólico. En sus tramas, en las formas de ir armando las piezas, en las formas de aprendizaje, en la selección de materialidades, se traslucen otras epistemes, otras lógicas de vivir y habitar espacio. Sacar el velo colonial a estas prácticas y a sus cultoras —o al menos instalar la discusión—, nos permite encontrar nuevas posibilidades de entender este oficio como otra trama de prácticas, saberes y costumbres.

Estamos frente a cadenas de saberes transmitidos de generación en generación y frente, por qué no decirlo, a un trabajo probablemente

desarrollado por cientos de años en estas geografías. Un trabajo que ha especializado sus técnicas, que ha cambiado sus materiales y que sigue vivo en sus diferentes formas de ejecutarse. Y al afirmar esto sabemos que quedan abiertas otras interrogantes. Los escasos vestigios que existen del trabajo con fibras vegetales no nos permiten afirmar con certeza que el oficio que realizan actualmente las mujeres de la precordillera del Maule tiene una relación directa con los hallazgos encontrados en Monte Verde, o tampoco podemos saber cuáles fueron los encuentros y desencuentros entre poblaciones humanas anteriores a la colonización que trajeron como resultado la técnica que actualmente conocemos. Son cuestiones que no podemos contestar, y que quizás solo nuevos hallazgos puedan dilucidar para entregar certezas a la memoria del territorio que investigamos.

Sin embargo, los antecedentes con los que contamos nos permiten establecer con claridad que el Tejido en Crin es un oficio que proviene de prácticas desarrolladas en el territorio, anteriores a la conquista española, y que está vinculado directamente con las poblaciones Mapuche que lo habitaban, las que pueden ser pensadas como parte de un entramado social antiguo que se desarrolló entre diversas poblaciones humanas que circularon por esta franja de tierra hace miles de años atrás.



# Artesanía en Crin y el Museo de Arte y Artesanía de Linares

POR *Jimena Asenjo, Directora del Museo*

Cuando me invitan a escribir este texto para las tejedoras del crin, lo primero que se me viene a la mente es mi total admiración por esta artesanía desde que era pequeña. Esta cercanía fue la primera motivación para participar, primero, en el Programa Servicio País en la comuna de Colbún y, luego, del equipo del Museo de Arte y Artesanía ubicado en la ciudad de Linares.

En Rari habitan un centenar de artesanas conocedoras de las técnicas que han sido transmitidas por generaciones. Algunas de ellas hoy viven en Panimávida, Linares y otros sectores cercanos, manteniendo vivo este arte del Crin fuera de las fronteras del territorio de origen.

El año 1966 se fundó el Museo de Arte y Artesanía de Linares conformándose en un espacio para el arte nacional y el arte popular local y regional. El año 2010, con la reinauguración del museo, que incorporó un amplio edificio contiguo a la casona histórica, se logró materializar el sueño de un espacio único dedicado a la artesanía del crin - artes vivas- : la Sala Rari, un mundo en miniatura, con cerca de 250 piezas patrimoniales, que construyen el relato de esta técnica y su historia.

Desde el 2019 emprendimos la tarea de complementar nuestra colección de artes populares con la adquisición de piezas artesanales elaboradas a lo largo de todo el territorio nacional. En este contexto fueron adquiridas algunas piezas de Crin que obtuvieron el Sello de Excelencia a la Artesanía. Durante este 2020 proyectábamos continuar con esta iniciativa, que debido a las circunstancias de este año particular hemos, como Museo, postergado hasta el 2021. Sin embargo, la disponibilidad de recursos permitió al Servicio Nacional del Patrimonio Cultural del Ministerio de las Cultura, Las Artes y el Patrimonio, del que somos parte, adquirir en mayo de 2020 piezas de algunas artesanas, pensando siempre en la protección que el Estado debe brindar para la preservación de sus tradiciones culturales.

En distintas instancias este Museo ha promovido la necesidad de compra de piezas para integrarlas a nuestras colecciones, con el objetivo de dar forma a una colección que dé cuenta de la situación actual de la producción artesanal, integrando a la mayor cantidad de cultoras, tarea que tenemos pendiente y consideramos fundamental para el resguardo de la memoria histórica de las tejedoras del Tejido en Crin.

Asimismo, en estos últimos años, nos hemos revinculado con las cultoras, a través de la colaboración en proyectos de promoción y difusión, incorporando en nuestras exposiciones temporales piezas contemporáneas elaboradas por algunas de las tejedoras y exposiciones de proyectos de investigación y talleres de capacitación.

El desafío del Museo es trabajar colaborativamente con la institucionalidad estatal y las comunidades desde el reconocimiento de la Artesanía en Crin y la valoración de su unicidad y autenticidad en el contexto mundial. Lo anterior, desde una perspectiva que nos permita entender el rol del museo como una entidad al “servicio de la sociedad y de su desarrollo, abierta al público, que adquiere, conserva, investiga, comunica y expone el patrimonio material e inmaterial de la humanidad y su

medio ambiente con fines de educación, estudio y recreo”. (Estatutos del ICOM, aprobados por la 22ª Asamblea General en Viena, Austria el 24 de agosto de 2007).

Nuestra tarea permanente es trabajar por tener espacios de excelencia para resguardar las valiosas piezas antiguas y contemporáneas con el fin de asegurar que serán preservadas y podrán ser conocidas por nuestras nuevas generaciones.

Pero, también nuestro museo es un espacio vivo, en que todas y todos somos parte, y ustedes, las tejedoras de crin, son fundamentales. El Museo de Arte y Artesanía de Linares es de ustedes y para ustedes. Tomemos los aprendizajes de estos tiempos difíciles en que nos ha dolido tanto estar lejos, para volver a acercarnos, y considerar este espacio como nuestra casa común.

## **Árbol** RECONOCIENDO **genealógico** NUESTRAS RAÍCES EN EL TIEMPO

A continuación, las queremos invitar a realizar el árbol genealógico de sus familias, no importa hace cuánto tiempo vivan en Rari o Panimávida, ni cuántas tejedoras han pasado por sus familias, esta actividad no es un concurso, ni tiene la intención de jerarquizar a las familias de las localidades. Por el contrario, buscamos construir en conjunto con ustedes, una historia colectiva que entrecruce los quehaceres e historias familiares con los hitos más importantes que ha vivido el territorio y sus habitantes.

Luego, cuando nos podamos reunir en vivo y en directo, las que se animen podrán compartir su árbol genealógico con las demás, para ver qué cosas vamos encontrando en ellos, posibles similitudes y diferencias que nos permitan pensar una memoria colectiva del territorio que habitan.

En el papelógrafo que viene dentro del boletín podrán dibujar como estimen conveniente su árbol genealógico, si quieren pueden invitar al resto de su familia a construirlo con ustedes.

Las calcomanías que vienen con el boletín tienen dos funciones: unas representan los hitos más importantes de la historia reciente de la comunidad, estos ustedes mismas nos los mencionaron en algunas actividades que realizamos años atrás. El significado de cada uno de los dibujos lo podrán encontrar a continuación de esta explicación. Y la idea es que puedan marcar, según la edad de sus familiares, en qué momento se desarrollaron esos hitos con relación a la vida de ellos. Por ejemplo, si cuando llegó el tren estaba viva su abuela o mamá, pueden poner la calcomanía del tren al lado de esa persona. Así, podemos ir relacionando el tiempo en que vivieron sus familiares con los hitos de la localidad.

Y las calcomanías que representan personas, las pueden ocupar para construir su árbol, por ejemplo, donde anoten a su abuelita, pueden pegar la calcomanía que representa a una anciana, y al lado le pueden colocar el nombre de la de ustedes, y así, con cada una de las personas que quieran representar en su árbol genealógico.

**¡Ojo! si hay algún hito que no estamos considerando en las calcomanías pueden dibujarlo y explicarlo dentro de su árbol genealógico.** La idea es que vayamos nutriendo entre todas esta historia común. Y ¡recuerden! no hay una manera correcta de hacer esta actividad, pueden construir su árbol como les guste y les haga más sentido, eso es lo importante.

## **CORRE EL TIEMPO**

Corre el tiempo  
 un reloj se esconde en el fondo de mi cuerpo  
 corre el tiempo  
 y la aventura de escribir la historia  
 trae tierra semilla y raíz a mi memoria  
 con el zumbido del viento  
 que corre friolento por las tablas de un templo de bosques  
 Corre el viento con furia de venganza  
 corre el tiempo entre los árboles escribiendo historias  
 de muertos reaparecidos

Ni de perdones ni de pecados  
 eran las metáforas que oralizó el poeta del antepasado  
 werkén de pewmas  
 poeta síquico  
 poema líquido  
 gritos de guerra  
 versos libidinosos  
 eyaculación de coros hermosos  
 mientras los canallas *se iban por dentro* con el tesoro

---

David Añiñir



# *La Mariposa*

N°02 — SEPTIEMBRE / OCTUBRE

## OFICIOS VARIOS



Proyecto  
financiado por el  
FONDART Regional  
Línea Patrimonio  
Cultural, Modalidad  
Salvaguardia